



13 de enero de 1879

CONFIAR EN LA BONDAD DE DIOS

Madre María Eugenia

Mis queridas hijas,

En estos misterios navideños, me sentí presionada a volver sobre algo que os digo muchas veces, creo, y sobre lo que no sabría insistir demasiado. Es que, en el misterio de la Redención, el principio de la relación de Dios con el hombre, es su bondad infinita.

En general las almas interiores, las almas que trabajan en su perfección no ponen suficientemente en su relación con Dios esta confianza sin límites, esta persuasión del bien infinito que hay en él y de la infinita bondad con que quiere contagiarlo. Y sin embargo, lo que más ayuda en la oración, en las tentaciones, en las dificultades, en las pruebas es establecer en el fondo del alma una confianza que renace siempre, incluso ante la muerte.

Es un gran dolor perder a los que amas. En religión, nos queremos, ¡y cuantas veces el corazón queda herido después de la muerte de una hermana! Entonces es cuando hay que pensar que Dios lo hace todo por amor, por bondad, que está constantemente velando por nosotras para darnos lo que es mejor.

Lo mismo ocurre con los defectos: constantemente tenemos que luchar contra nosotras mismas, uno se encuentra con sus miserias, sus enfermedades. Lo que más ayuda a combatirlos, lo que hace que uno se entregue más a la obediencia, a la pobreza, a la oración, al trabajo de la oración, es contar siempre con Dios y vivir incesantemente en el pensamiento de su bondad infinita.

Esto también corta los escrúpulos, los retornos perpetuos sobre uno mismo. ¿Qué requiere la bondad infinita? Que hagamos lo que podamos, que confesemos los pecados que recordemos. Pero no hay ningún mandamiento que nos pida tener una memoria perfecta, una inteligencia que discierna en el alma todo lo que pasa en ella.

Si solo recordamos una parte de nuestras faltas, es una consecuencia de nuestra debilidad. No hay que preocuparse por eso, atormentarse, volver constantemente sobre uno mismo mediante exámenes continuos, no sería honrar a Dios, que pide que vayamos a él simplemente, francamente, generosamente, quien quiere que, trabajando nuestra alma, vayamos adelante sin mirar siempre hacia atrás. San Pablo dio la fórmula cuando dijo: *Olvidando lo que he dejado atrás, me lanzo de lleno a la consecución de lo que está delante, y corro hacia la meta [...] en Cristo Jesús*¹.

Esto es lo que nos pide el amor de nuestro Señor: que le busquemos, que vayamos a él, que vayamos siempre adelante, dejando lo que queda atrás, - ya sea que

¹ Fil 3, 13-14

no lo busquemos volviendo innecesariamente sobre nosotras mismas, sea que lo olvidemos por abnegación - para establecernos en la confianza en esta bondad infinita, que presidió nuestro nacimiento, que presidió especialmente nuestro bautismo. Porque es una gran gracia estar bautizado, ser hija de Dios, recibir en sí misma la Santísima Trinidad, convertirse en templo del Espíritu Santo. Es una gracia dada a todos, sólo por la bondad infinita de Dios, antes de que se hiciera nada para merecerlo.

Después del bautismo, ¿quién contará todas las gracias que habéis recibido? La presencia de nuestro Señor Jesucristo, la renovación de sus misterios, su vida en el sagrario, esta vida de amor por nosotros. Al acercaros a él, sin duda es necesario adorar su grandeza, su majestad. También debemos adorar esta infinita condescendencia, esta bondad misericordiosa, esas manos que están llenas de gracias para derramarlas en vosotras.

Cuanto más crece este sentimiento, más generosa se vuelve el alma. En general, lo que constriñe a las almas es que no tienen suficiente confianza. Se pierden en mil detalles. Vuelven constantemente sobre sí mismas; al no estar suficientemente convencidas de todo lo que Dios da, no dan todo lo que son. *Prende fuego en medio de una casa*, dice San Francisco de Sales, *y pronto se tirarán los muebles fuera*. Prended fuego a un corazón, encendedlo con el pensamiento del amor con que nuestro Señor la ha prevenido. No habrá nada en el mundo que no sea generosamente sacrificado y con gusto.

Volved mucho a esto, meditando sobre los misterios de la Infancia. Son los misterios del amor de nuestro Señor por nosotras. Cuando se hizo tan pequeño, cuando aceptó tal humillación, cuando llamó a los pastores y a los magos, cuando se entregó a ellos, solamente por su adoración y su fe los salvó, los santificó.

Vayamos por el mismo camino, adoremos, oremos. ¿Por qué seríamos peor tratados que los Reyes Magos y los Pastores? Al adorar creyeron; al creer, se mostraron fieles al amor; y por amor llegaron a la bienaventurada eternidad donde se hicieron santos.